

cional puede atraer sobre una campiña un solo chaparrón, ni dirigir hacia ella un solo rayo de sol, sin presuponer tamaña perturbación de las leyes naturales, cual sería, por ejemplo, que el río San Lorenzo corriese hacia atrás y encima de las cataratas del Niágara, ó que un eclipse de sol durase más que el tiempo natural¹.

“Hemos cesado, dice TYNDALL, de reconciliar los poderes de la naturaleza; aun hemos cesado de pedir á Dios cosas que se hallan en contradicción manifiesta con las leyes naturales².. Creeremos á TYNDALL, sin discutirlo, cuando dice que esa limitación de las oraciones al “estrecho, dominio de las “disposiciones especiales, de la Providencia es un hecho entre los protestantes; mas *yerra* en afirmar, sin más examen, que los católicos guardamos esos mismos límites, siquiera no neguemos tampoco que en los más casos, aun el católico que ruega á Dios, no mira sino á lo que TYNDALL llama “disposiciones especiales.. Sin embargo, esto no tiene su razón en un conocimiento deficiente de la naturaleza, puesto que ningún católico, con tal que sepa su Catecismo, ignora que para que Dios, oyendo su ruego, disponga algo especialmente en su favor, se necesita una intervención sobrenatural de Dios en la evolución ordinaria de los sucesos, de la misma suerte que para el milagro de Josué. Pero ello es que las “disposiciones especiales, bastan *ordinariamente* á remediar las humanas necesidades. Por esta razón, y no por otra ninguna, sería una sinrazón insigne salirse en la oración *ordinaria* del estrecho dominio de la disposición especial de la Providencia. ¿O cree quizá TYNDALL que el mundo es la gran tienda de un Dios saltimbanquis? Pues en tal caso no es maravilla que le pase como á Herodes, que también pidió indebidamente *piezas de sensación*. En cuanto á la estrechez de aquel dominio, tranquilícese el gran naturalista: que tan estrecho es como el vasto mundo. Abra cualquier biografía de algún santo, y hallará que entre los católicos se pide á Dios aun *milagros* cuando una intervención *manifiesta* de Dios es del caso. Luego si TYNDALL pretendiese impedir que Dios no oiga nuestros ruegos, enseñándonos que, sin querer, le pedimos milagros, indefectiblemente se expondrá al riesgo de que todo católico cristiano que sabe rogar á Dios, le interrumpa, preguntándole: ¿Pero, vos, Señor, estáis en vuestro juicio?

Además, no podemos, mal que nos pese, abstenernos de hacer una observación, quizá del todo insignificante en sí, y es que nos parece un poco hiperbólico el que TYNDALL equipare el proporcionar á una campiña el beneficio de un chaparrón ó de un día de sol, á que el San Lorenzo corra monte arriba, ó á un eclipse esta-

¹ Loc. cit., pág. 42.

² Loc. cit., pág. 38.

cionado. ¿Acaso TYNDALL no ha tomado todavía una ducha ó hecho experimentos ópticos con rayos de sol? Pues podemos dar la seguridad de que, si lo ha hecho alguna vez, en el continente no hemos observado que de ello se resentiese el orden de la naturaleza. ¿Por qué, pues, temer que la naturaleza se derrumbase si Dios imprimiera otra dirección á algunas gotitas de lluvia ó á algunos rayos de sol?

109. Mas volvamos á la cuestión principal. TYNDALL tiene por imposible que alguna oración sea oída, pues que no sería esto posible sin un milagro oculto. “El principio de la conservación de la fuerza, según el cual no puede manifestarse en la naturaleza ninguna fuerza sin el gasto de alguna fuerza equivalente, — siendo tan afines entre sí las fuerzas naturales, que pueden convertirse la una en la otra, pero no se crea ninguna otra fuerza natural — este principio nos enseña que el viento del Sur que sopla sobre la cima del Matterhorn, obedece á leyes no menos firmes que la tierra en su revolución anual alrededor del sol, y que la conversión de la humedad en nubes está sujeta á la misma necesidad con que se suceden las estaciones del año. Debería, pues, considerarse como milagroso, así el disiparse la más ligera niebla por disposición especial del Altísimo, como el que el Ródano corriese valle arriba por encima de los abismos de la Grimsel, hacia los valles de Hasli y Brienz¹..

“Reconociendo, pues, que la oración puede causar mutaciones en la naturaleza, de que formamos parte, se sigue con necesidad que las leyes naturales dependen en mayor ó menor escala de la voluntad humana, y ninguna conclusión fundada en la permanencia de estas leyes podrá inspirarnos confianza²..

Luego, expresándolo en pocas palabras, la ley de la conservación de la fuerza no admite ninguna excepción ni en las cosas pequeñas ni en las grandes. Puede dudarse de que el ingenioso naturalista se haya dado cuenta de los absurdos á que conduce esa idea, desarrollada de modo consecuente. Según ella, no debe mandar por el médico cuando se ponga malo, pues que, teniendo toda enfermedad su curso conforme á las leyes invariables de la naturaleza, si alguien interviniese en él con libre resolución de su voluntad, tal vez todo el sistema planetario podría salirse de sus quicios. Por ventura TYNDALL nos replicará que el médico influye sobre la crisis *de conformidad* con las leyes de la naturaleza y aplicando el principio de la conservación de la fuerza. Pero ento-

¹ Loc. cit., pág. 72.

² Loc. cit., pág. 43.

ces las leyes de la naturaleza, inclusa la de la conservación de la fuerza, consienten con que se obre desde fuera sobre ellas dirigiéndolas de diversos modos, sin que se turbe la máquina del mundo; antes semejante dirección recíproca, sobre todo cuando es ejercida por fuerzas superiores sobre otras inferiores, parece ser un factor muy importante dentro de este orden del mundo¹. Y de esta regla universal, regla que se manifiesta en toda la naturaleza y en fenómenos sin cuento, ¿ha de ser una excepción Dios, el Ser supremo, la razón primordial de todo ser? Todo constructor de máquinas, y todo químico, y hasta todo labrador, puede torcer con arte y sin arte el proceso de las leyes actuales, sin perjudicar á la existencia del todo; y solamente al Omnipotente y Sapientísimo le habrá de oponer todo átomos una resistencia invencible! Parece-nos que SANTO TOMÁS, á quien TYNDALL cuenta entre los "nobles salvajes", con todos los hombres "ilustrados", de los siglos pasados, ha juzgado á la naturaleza con criterio más sabio, diciendo: "Las oraciones son oídas, no como si alterasen los designios eternos de Dios, sino porque ellas mismas son un elemento que Dios ha admitido en el plan del universo. De aquí se sigue que la fuerza de la oración puede modificar el efecto de alguna ley natural especial y secundaria, mediante la influencia del poder divino, que sobrepuja á todas las fuerzas de la naturaleza²."

El principio de la conservación de la fuerza se compadecé muy bien con alguna variabilidad. Una idea análoga fué ilustrada por Javier de MAISTRE en un caso especial. „Supongo que cada año y en cada país debe caer la misma cantidad de lluvia. En este caso la distinción de la lluvia sería, por decirlo así, la parte flexible de la ley. De esta suerte tenemos una regla universal y la posibilidad de disposiciones especiales para los que las piden³„. Solamente creemos que estas palabras y estos símiles dicen demasiado poco. Porque no se concibe la razón por que el Autor del mundo haya de circunscribirse á la dirección extrínseca de la naturaleza creada por Él. ¿Por qué no ha de extenderse su derecho de intervención hasta donde se extiende su influencia? ¿Por qué Aquel que ha provisto á la naturaleza de determinada cantidad de impulso y movimiento, no ha de poder disminuir ó aumentar esas fuerzas en ciertos casos, de suerte tal que no sea perturbado el orden cósmico por Él establecido? ¿Por qué Aquel que llamó á la existencia á esa aspiración fundamental que constituye la esencia íntima de toda cosa natural, y la dotó de determinadas facultades, y

¹ Véase *Stimmen aus Maria-Luach*, tomo VIII, págs. 8 y siguientes.

² *Summa contra gent.*, lib. III, cap. XCVI.

³ *Veladas de San Petersburgo*. Trad. ale., tomo I, pág. 249.

la mantiene sin cesar, no ha de poder causar, en casos especiales, mutaciones aun en la naturaleza intrínseca de las cosas?

709. Y así lo podría hacer en escala muy vasta, al parecer, sin desequilibrarse la naturaleza. Examinemos, por ejemplo, aquel hecho de la parada del Sol, que TYNDALL menciona con tanto desdén. A nuestro entender, poco se necesitaba para obrar aquel milagro, pues que Dios no tenía sino producir inmediatamente en aquel país el fenómeno de luz ordinariamente originado por el sol. Pero supongamos un instante que haya sido menester suspender la rotación de la tierra por un día: ¿hubiera sido posible? TYNDALL dice que no. Y ¿por qué no? «La energía que se requería para aquel efecto, equivale á la fuerza de seis trillones de caballos, que trabajaran durante todo el tiempo que Josué empleó en derrotar á sus enemigos; la cantidad de fuerza así gastada sería suficiente para armar á cada individuo de un ejército mil veces más fuerte que el de Josué, de la fuerza de mil guerreros, tales como los suyos, no solamente por el par de horas necesarias para exterminar á unos cuantos ammonitas, sino por millones de años; milagro que el santo historiador ha pasado en silencio, sin duda porque nada sabía de él. Ora, pues, miremos el milagro como mera ostentación, ora lo consideremos como medio efectivo para alcanzar el fin de la destrucción de la hueste enemiga, es un lujo exagerado de fuerza y energía, que choca al hombre de ciencia. No hemos querido amenguar ni un punto el peso de las dudas de TYNDALL, y, en efecto, el lector las tendrá por formidables mientras se represente, á la manera de TYNDALL, á Dios, como á un industrial tacaño que tiene que cuidar en sus producciones y empresas de no gastar ninguna fuerza de caballo sin la ganancia correspondiente. Mas para apreciar bien la dificultad suscitada, hay que poner en cuenta también el poder y la índole del que obró el milagro. Cuando calcule cuántas fuerzas de caballo existen en el universo, TYNDALL hallará que en la economía de la naturaleza se hace el mismo caso de aquella fuerza de seis trillones de caballos, que la que se nota en el negocio de un millonario cuando éste da un maravedí á un mendigo.

Pero dice TYNDALL: "Si fuera así, no habría ya conclusión fidedigna entre todas las que estriban en la constancia de las leyes naturales." Creemos que el angustiado investigador puede sosegar-se; pues mientras el gobierno del mundo esté en manos de una Sabiduría infinita, las excepciones no tendrán lugar sino cuando razones graves las pidan, conservando siempre el carácter de excepciones, de modo que los lazos de las leyes del universo serán,

¹ *Loc. cit.*, pág. 176.

según el adagio *Exceptio confirmat regulam*, antes estrechados que relajados¹.

210. Pero también se ha puesto en duda que el gran Autor del mundo pueda tener razones para torcer la marcha sublime de las leyes naturales por amor del hombre, miserable criatura suya. Los pensadores de la escuela antigua han indicado en abundancia semejantes razones suficientes, que aún hoy el examen más sagaz no será parte á desvirtuar. Los deseos del hombre de buena voluntad, expresados en la oración, no son desde luego imprudentes. Nadie espera que Dios altere en su favor los eternos designios de su Providencia; únicamente el que ora, quisiera obtener de Dios lo que pide. Ya que las oraciones tienden á alguna cosa buena, ¿el buen Dios, dador de todo lo bueno, no tendrá razón para oír la oración de sus siervos? ² Además, de Dios procede en último origen todo movimiento hacia el bien que es hallado en cualquiera criatura; luego también es causado por Dios aquel movimiento hacia el bien que encuentra su expresión natural en la oración. Si Dios ha tenido razones para excitar el buen deseo en algún pobre pecho de algún hombre, también las tiene para dar el cumplimiento de aquel deseo. Mucho pesa aquí la circunstancia de que los seres racionales están mucho más cerca de Dios que las cosas naturales y cuerpos celestes destituidos de razón; de lo cual se sigue que las necesidades excitadas en la criatura racional deben ser mucho más eficaces que las tendencias (apetitos) naturales de las cosas ordinarias. Dios, que cuida con tanto amor de que el apetito del más pequeño escarabajo sea satisfecho de modo conveniente, ¿no estará pronto á llevar á su término los anhelos buenos de los hombres de bien? ³ Si, como no puede ser dudoso, es lícito juzgar por la per-

¹ Lo demás que TYNDALL dice acerca del carácter del milagro, no merece ser refutado, pero sí atendido en cuanto muestra una vez más hasta dónde puede extraviarse el juicio de varones de primera fuerza en su ramo, no bien lo aplican á cosas ajenas á su ciencia especial. TYNDALL opina, por ejemplo, que los milagros referidos en el Nuevo Testamento podrían bien ser efecto de una fuerza humana ampliada. «¿Acaso el hecho de que nadie resucitó jamás á un muerto prueba que nadie resucitará jamás á uno? Puede venir un periodo en que el hombre será capaz de devolver la vida á los muertos. A lo sumo puede decirse, por tan to, que Jesús se adelantó en esto al porvenir» (loc. cit., pág. 60-63). Después dice que no se deben mirar los milagros como sello que atestigüe la verdad de, una revelación divina. Quien lo hace, no dice con Cristo: «Por sus frutos los conoceréis»; sino con error: «Si eres el Hijo de Dios, haz que estas piedras se vuelvan pan» (loc. cit., pág. 58). A la verdad, la cosa excitaría con razón la hilaridad si no fuera preciso buscar razones que descarguen al insignificante naturalista de la acusación de haber cometido un fraude. (O, por ventura, cita pasajes de la Sagrada Escritura para burlarse de ellos?)

² «Pis desideris rationalis creaturæ conveniens est ut Deus assentiat, non tamen desideria nostra movent immobilitatem Dei, sed ex sua bonitate procedit, ut convenienter desiderata perficiat» (S. THOM., *Summ. contra gent.*, l. III, c. XCIV.)

³ «Creatura naturalis in tantum participant de motione divina, quod naturalem boni appetitum, consequuntur ex ea; et etiam appetitus impletionem... Multo igitur magis intellectuales substantiæ desideriorum suorum, quæ per orationem Deo afferuntur, impletionem consequuntur». (S. THOM., loc. cit.)

fección de las criaturas la perfección infinitamente más alta de Dios, dador de toda perfección, también la bondad de corazón que mueve á hombres buenos á corresponder según la medida de sus fuerzas á los deseos justos de sus prójimos, será un reflejo débil de aquella bondad infinita del corazón de Dios, nuestro Padre; y no erraremos en suponer que también Dios está pronto á oír las oraciones de los que todo lo esperan de Él. Dios, el Señor, que se dignó crearme, se dignará también socorrerme y ayudarme.

Con todo esto, no debe olvidarse que en el orden *actual y efectivo* de las cosas, el hombre está puesto en relación tan íntima con la Divinidad, como no lo hubiera podido adivinar jamás el espíritu humano reducido á la contemplación de la naturaleza. La revelación cristiana nos da á conocer tal deferencia del amor divino, que nos debe parecer enteramente inconcebible por lo mismo que es enteramente divina, y que muestra en todo el sello de la infinitud. «Os he llamado amigos», dice el Señor. Como amigos ó hijos suyos nos trata. Así comprendemos cuán dispuesto debe estar á cumplir nuestros deseos Aquel que nos enseñó á orar: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy».

Hallamos otras muchas consideraciones de esta suerte en las obras de los «nobles salvajes», de la Edad Media. Bastarán, empero, las que llevamos apuntadas, pues que nos muestran casi tan poderosos los motivos que pudieron inducir á Dios á acomodar el curso de la naturaleza á los deseos de los hombres, que quisiéramos maravillarnos de que Dios no se acomode mucho más á menudo á las oraciones de los hombres, de lo que sucede al parecer. Tal pensamiento ocurrió también á SANTI TOMÁS, el cual, después de mostrar que la inmutabilidad de la Providencia divina no priva á la oración de su importancia, procura reunir en un artículo aparte las razones por las que la oración parece á menudo quedar sin efecto visible⁴; mas no vamos á reproducirlas, por no salirnos de los límites de nuestra tarea. Por igual razón debemos renunciar á exponer cómo la sabiduría divina puede tener razones para hacer que su intervención en el curso de la naturaleza sea más que una simple concesión hecha á una oración humilde, manifestándose como milagro en el sentido propio y cabal de la palabra. En breve vamos á advertir que el milagro, por lo mismo que suspende el curso normal de los sucesos naturales, es más á propósito para patentizar la soberanía de Dios en la naturaleza. Así

⁴ «Hoc maxime commendabile in hominibus apparet, ut iuste potentibus assensum non denegat ex hoc enim vocantur liberales, clementes, misericordes et pii. Maxime igitur hoc ad divinam bonitatem pertinet, ut piis orationes exaudiat» (S. THOM., loc. cit.)

⁵ *Summ. contra gent.*, l. III, cap. XCVI.

como en un Estado la legislación entera emana del supremo poder legislativo, y, con todo, este poder soberano manifiesta su supremacía reservándose el derecho de intervenir con su gracia en la marcha de las cosas tal como ha sido prescrita por las leyes; así también Dios, el Señor, se muestra á la inteligencia del hombre como señor y razón de toda la legislación en el imperio de la naturaleza; mas hace, por decirlo así, palpable su soberanía divina, produciendo, por vía de excepción, mutaciones en la marcha natural de las cosas. Luego si Dios ha decidido en su sabiduría hacer sentir al hombre su dependencia de Él, impidiendo que alcance toda verdad por su propio entendimiento, y ofreciéndole por la *revelación* las verdades fundamentales de la vida moral (á fin de que el hombre acepte humilde la verdad de Dios); y si después, para confirmar la verdad revelada, obra milagros, nada hace que no sea muy digno del hombre y de Dios.

Porque, primero, al hacerlo atiende á la naturaleza humana. Ello es que no está en la naturaleza del hombre el ver la verdad espiritual sin ninguna mediación sensible; antes le impresiona, naturalmente, lo que percibe con sus sentidos. Así, pues, como le es natural ser conducido á Dios, Autor de la naturaleza, por los efectos sensibles que en ésta observa, igualmente le es natural conocer á Dios, Autor de la revelación, por efectos sensibles que no pueden ser reducidos á la acción de fuerzas naturales ¹. En segundo lugar, de esa suerte mira como es debido al fin ético de la revelación divina. No es el objeto de la revelación divina aterrar al hombre con el resplandor de la Majestad celestial, forzándole con cierta evidencia matemática á escuchar sumiso las verdades reveladas, en cuyo caso la ética no tendría ya la misma importancia que ahora para el hombre, y la virtud dejaría de ser cosa seria. El objeto á que tiende la revelación, exige que se guarde al hombre su libertad física y moral, de modo que pueda someterse humilde y resistirse soberbio, decidiéndose por lo uno ó por lo otro con libre albedrío. Porque la bondad de la voluntad, no la claridad de la inteligencia, ha de determinar la suerte del hombre en lo porvenir. La historia enseña cuán acertada ha sido la sabiduría divina por este respecto; véase si no la clase de hombres que vuelven la espalda á la revelación divina. En tercer lugar, por fin, el milagro asegura la posesión de la verdad que por la revelación ha de sernos comunicada.

Si LESSING (y después HEGEL y muchos otros) han sostenido "que verdades históricas contingentes no pueden probar jamás

¹ S. THOM., *Summ. theol.*, I, II, q. 178, a. 1.

ninguna verdad necesaria de la razón., están en lo cierto en cuanto una demostración intrínseca debe partir si empre de la verdad misma de que se trata; pero sería absurdo pretender negar por eso que sea posible ninguna demostración *extrínseca*.. Cuando se trata de una verdad accesible en general al entendimiento humano, la puedo reconocer, ó porque me he persuadido de ella, ó porque otros, ya persuadidos de ella, me la atestiguan. Ahora, ¿no es semejante testimonio una verdad histórica "contingente.?" Cuando además se trata de verdades que—según sucede con las del Cristianismo—exceden á la inteligencia humana, no hay que hablar de que se persuada nadie de ellas por modo propio y directo, toda vez que no me pueden constar sino porque son atestiguadas por Dios; y por de pronto, debo limitarme á averiguar si tal testimonio divino existe como verdad histórica ¹.

El milagro es á modo del sello fácil de conocer, con el cual Dios ha abstraído á toda duda racional la legitimidad del documento de la revelación. Pero ¿no es de flacos de espíritu aceptar verdades á causa de milagros que las atestiguan? Si se llama flaqueza de espíritu la humildad y la sumisión á Dios, será así; entonces sólo el orgulloso será fuerte de espíritu. Sin embargo, según nota SOLGER ², se requiere de por sí más fortaleza de espíritu para creer milagros, y no alardear de céptico y averiguador de arcanos, que para negar, débil y cobarde, todo lo que no parece armonizar con las reglas vulgares de la razón.

Nuestras consideraciones bastarán para demostrar que el moderno horror los á milagros, lejos de encontrar apoyo alguno en la filosofía de la naturaleza, es contrario á toda filosofía, hasta el punto de ser supersticioso. Para desacreditar el milagro, algunos han pretendido que es esencialmente imposible conocer si algún suceso es milagroso ó natural. Salta á los ojos la falta de juicio de los que tal afirman. Quien quiera que crea la existencia de un Dios personal, entendemos que deberá concederle también el poder de disponer las circunstancias de suerte que sea imposible desconocer que tal ó cual suceso es de origen sobrenatural. Pero hay otros que objetan que siendo el milagro una excepción de las leyes naturales, sería necesario, para juzgar de la índole natural ó milagrosa de algún suceso, conocer todas las leyes naturales y toda su esfera de acción; habría que ser omnisciente. ¡Luego para

¹ Quis quae sunt fidei humanam rationem excedunt, non possunt per rationes humanas probari; sed oportet quod probentur per argumentum divinae virtutis, ut dum aliquis facit opera, quae solus Deus facere potest, credantur ea, quae dicuntur, esse à Deo, sicut quum aliquis defert literas annulo regis signatas, creditur ex voluntate regis processisse, quod in illis continetur. (*Summ. theol.*, III, q. 43, a. 3.)

² *Philosophische Geprägche*, Berlin 1877.

sostener con seguridad que el homicidio voluntario es una infracción de las leyes penales, es menester saber todas las leyes penales de un Estado!

Puede ser que haya buen número de sucesos imaginables que no sepamos si están dentro ó fuera de la esfera de acción de las leyes naturales, toda vez que no nos es dado marcar, como una línea matemática, el límite que separa lo natural de lo sobrenatural. Pero ¿qué se sigue de ahí? A menudo no sé indicar en un cuadro la línea donde acaba el color encarnado y empieza el azul, lo cual no impide que en muchísimos casos toda vista sana pueda discernir con entera seguridad el color encarnado del azul. Del mismo modo hay en la realidad muchos casos en los que sé, sin temor de equivocarme, lo que no pueden las fuerzas naturales; de manera que si algo de eso acaece, afirmo con certeza que es milagro. «Es cierto, dice HETTINGER, que no sabemos determinar cuál es el poder de la fantasía sobre los cuerpos; pero sabemos con certeza que no es tanto que pueda devolver la vista al ciego ni el oído al sordo; no sabemos hasta dónde alcanza el don de la invención para transportar moles por encima de continentes y mares, sobre el aire y la tierra; pero sí sabemos con seguridad que sin ningún auxilio nadie se eleva al cielo, ni anda sobre el agua, ni apacigua las tempestades por su palabra, ni penetra puertas cerradas con llave. No sabemos cuánto tiempo puede durar el letargo de una persona; pero sabemos con certeza que si muere, no torna á la vida por ninguna fuerza natural. Si no lo supiéramos, sería imposible todo derecho, toda propiedad, toda posesión, toda vida de familia que presuponga esa certeza. La suprema ley de toda experiencia, de todo pensamiento, la base misma de nuestra vida, la prenda de nuestra fe y confianza en los sentidos, descansan únicamente en la incommovible determinación de la naturaleza de las cosas, dice FEUERBACH, quien en lugar de combatir el milagro, como fué su intención, no ha hecho más que probar con esas mismas palabras que es cierto y que es posible conocerlo.»¹

■ ■ ■. Milagros, en el sentido absoluto de la palabra, serán siempre muy raros, como es de suponer dada la naturaleza de la cosa misma. Sin embargo, los favores concedidos á la oración constituyen en las relaciones recíprocas entre Dios y el hombre un elemento tal vez no menos frecuente que las muestras de amor que en toda familia bien ordenada los hijos obtienen con sus ruegos de sus padres. Ya tuvimos ocasión de decir algo sobre la eficacia de la acción (núm. 707), y sobre ella debemos volver con breves palabras.

Dada la relación íntima que existe entre el hombre y Dios, no

¹ *Apología del Cristianismo*, I II, pág. 200.

cabe ninguna duda razonable, que buena parte de lo que Dios obra en la naturaleza, debe reducirse á los deseos y oraciones de hombres temerosos de Dios. «En esto, dice SANTO TOMÁS, la Providencia divina, no solamente no excluye la acción natural de las cosas creadas, sino antes las aprovecha para hacer que los sucesos naturales procedan de la manera como la Providencia ha ordenado. Las cosas naturales, lejos de oponer ningún obstáculo á la Providencia, ejecutan los designios por ella concebidos. De esta suerte, las oraciones pueden ser eficaces para con Dios, sin requerir ninguna ingerencia en el orden inalterable de la Providencia divina, pues que al establecerlo en el principio de todas las cosas ha atendido ya al hecho de que éste ó aquél favor sería concedido á alguien que lo pidiese. Luego si se afirmase que lo inalterable de la Providencia hace superfluo pedir nada á Dios, sería esta aserción tan insensata como si se pretendiese que está demás moverse para llegar á algún lugar, ó que es menester alimentarse para mantener la vida.»

No se debe, pues, creer, prosigue el santo Doctor, que el orden, una vez establecido por Dios, sea susceptible de ninguna modificación en atención á las oraciones de los hombres, pues que semejante mudanza recaería sobre la voluntad divina misma, permitiendo concluir que el curso del tiempo puede poner en Dios algo que no tuviera antes, como si Dios estuviese sujeto al influjo modificador de sus propias criaturas. Finalmente, dice que está persuadido de que semejantes concepciones erróneas provienen de lo poco que se distingue comunmente entre el orden general de la Providencia divina, el cual abarca todas las cosas y sucesos, y los órdenes particulares, circunscriptos á determinados sistemas de causas. En un orden particular, que comprende una esfera determinada de causas, es indudable que la oración ú otra causa puede originar alguna innovación; porque por encima de todo orden particular de cosas creadas imperan intereses que la justifiquen. Mas ¿qué cosa se halla fuera del orden universal de la Providencia, que pueda perturbarlo? El error del fatalismo estoico, que afirma que para el efecto importa poco que se ore ó se deje de orar, lo ve en aquel otro error que pretende que en el orden universal del mundo no se ha atendido para nada á los deseos de los que elevan sus preces á Dios. Comprendidas las oraciones en el orden universal de la Providencia, se sigue desde luego, que son tan capaces de producir determinados efectos como cualquier otra causa. Así como lo inmutable de la Providencia divina no menoscaba la eficacia de la acción de las causas ordinarias, así no excluye tampoco la eficiencia de las oraciones.

De este modo, la oración no pierde nada de su importancia,

por ser, no una inmutación del orden eterno y una vez por todas establecido, ni ninguna ingerencia en las disposiciones inmutables de la Providencia, sino un noble factor, contenido y atendido en aquel orden mismo.¹ Del mismo modo luminoso se expresa el Aquinatense allí donde discurre sobre el *deber* de la oración. "La Providencia divina, no sólo ha determinado los efectos mismos que han de producirse, sino también las razones que los motivarán y la sucesión que entre sí deberán de guardar. Entre estas razones empero, las acciones humanas también pueden serlo de ciertos efectos. Por eso se espera que los hombres hagan tal ó cual cosa, no para que mediante sus acciones influyan sobre las disposiciones de la divina Providencia, sino para que por ellas se produzcan determinados efectos, conformes al orden constituido por la Divinidad. Y como así es en cosas naturales, así sucede también con la oración. Porque no rogamos á Dios para variar lo que Dios ha dispuesto, sino para obtener lo que, según la disposición misma de Dios, va ligado á nuestra oración". Mucho nos da Dios por pura liberalidad, aun cuando no se lo pedimos. Pero hay otras cosas que tiene ligadas á nuestras oraciones, no para que le demos á conocer ninguna necesidad que ignore, sino para nuestra utilidad, á fin de que tengamos ocasión de manifestar la verdadera relación que nos une á la Divinidad, haciendo por la oración actos de confianza y sumisión; relación cuya débil copia son las relaciones entre los hijos y los padres.

Cuando se trata de la eficacia de la oración, es fácil suponer que, mirando á las oraciones futuras, Dios ha dispuesto las causas naturales en el principio de todas las cosas, de modo que, según su modo natural y regular de obrar, produjesen aquellos efectos que mejor convinieran á los deseos de los que oran. LEONARDO DE EULERO tomó en este sentido la esencia de los efectos atribuidos á la oración, pues dice así: "Cuando, en el principio de todas las cosas, Dios echó el fundamento de la evolución del mundo disponiendo todo lo que había de suceder, tomó en cuenta todas las circunstancias de los sucesos eventuales, y especialmente las condiciones, deseos y oraciones de los seres dotados de razón, poniendo de acuerdo con ellos la marcha futura de los acontecimientos. Luego, cuando la oración que alguien eleva á Dios es oída, no hay que imaginar que hasta entonces Dios no tenía noticia de esa oración; antes desde la eternidad la conocía, y ha dado al curso del mundo expresamente un rumbo favorable

¹ *Summ. contra gent.*, I, III, cap. XCVI.

² *Summ. theol.*, I, I, q. 83, a. 2.

³ *Lettres á une princesse d'Allemagne*, Berne, 1775, Lettre 90, pág. 43.

al que ora, de modo que el efecto de la oración no es más que la consecuencia natural de la evolución de las cosas. De esta suerte, Dios oye y atiende á las oraciones de los suyos sin obrar ningún milagro. Según este modo de ver, la eficacia de la oración, lejos de requerir suspensión alguna del orden establecido por el Autor de todas las cosas, no altera siquiera la acción regular de las naturales causas eficientes.

No tenemos ningún inconveniente en conceder que *muy á menudo* las súplicas de los hombres son atendidas por ese modo providencial; pero con todo, quisiéramos insistir en que no siempre debe suceder así. EULERO mismo no deja de hacer la reserva siguiente: "No obstante, falta toda razón para negar que Dios ha obrado verdaderos milagros, y aún hoy los obra *á veces*. Nosotros quisiéramos extender un poco ese *"quelquefois"*. Pues según se desprende de nuestras anteriores consideraciones, nada obsta á que Dios, propicio á las oraciones de los hombres, *intervenga* realmente en todo orden determinado y limitado de los efectos naturales, causando efectos que no van implicados en aquel orden de causas naturales, sino que se explican únicamente atribuyéndolos á una acción *extraordinaria* del Criador, quien, como Señor que es de todas las cosas, hace que las cosas sucedan muy de otra manera que como hubieran sucedido sin su especial intervención. Y dado que son posibles semejantes intervenciones, ¿qué impide que alguna vez sean efectuadas en realidad? Jamás hombre discreto, persuadido de que es Dios todopoderoso quien gobierna el mundo, quedará satisfecho con la idea de que Dios ha dado sus leyes al mundo, resignando su propia supremacía. Al contrario, el hombre que acude á Dios en la oración se tiene por persuadido de que Dios, si quiere, puede *modificar* el curso normal de los efectos naturales en algunos casos en sentido favorable á su humilde petición. No es preciso, por cierto, que semejante intervención de Dios tenga el carácter de *milagro*, caso que no sucede sino cuando constituye un efecto procedente directamente de Dios y superior á las fuerzas de la naturaleza, mostrándose como tal de modo claro ó indudable. Bastantes veces el hombre que ora, espera semejante *modificación* con santa confianza; y ¿quién osará tildarle de imprudente? Para que nuestra oración sea racional y meritoria, no se requiere que ignoremos lo que nos traerá el curso ordinario de las cosas; tenemos razón para orar, cuando prevenimos con toda certeza que las cosas tomarán un giro malo sumiéndonos en la desdicha, debiendo entonces pedir á Dios una mutación positiva respecto á la desgracia que nos amenaza.

Para los casos ordinarios de la vida puede ser imprudente y hasta arrogante esperar un prodigio manifiesto. Sin embargo, se-

gún arriba dijimos (núm. 707), pueden darse casos en los que el hombre puede pedir á Dios hasta un gran milagro. Apenas es necesario, después de nuestras anteriores reflexiones, repetir que semejante intervención positiva y directa de Dios en el curso de la naturaleza no dice ninguna corrección posterior del plan divino una vez fijado, ni tampoco ninguna alteración de la voluntad divina, sino que iba envuelta desde el principio, como intervención milagrosa, en el establecimiento de los sucesos venideros.

§ V

Dios, fin de la vida racional.

¿??. De cuantos problemas interesantes agitan la inteligencia del hombre, no habrá, mientras vivamos sobre la tierra, ninguno que cautive tanto como aquel que tiene por objeto la posición ocupada por el hombre mismo en medio de la vasta creación visible, no solamente por que nada nos toca más de cerca que nosotros mismos, sino también porque este grande universo, cuanto más admiramos su conjunto y sus pormenores, con tanto más vigor nos remite á nosotros mismos, haciendo que preguntemos una y otra vez: ¿Qué significa todo esto? ¿Qué significa el hombre en medio del inmenso cuadro del mundo? ¿Cuál es el sentido de la vida humana, agitada por las olas instables de la vasta corriente de acontecimientos grandes y pequeños? ¿A dónde va esto á parar?

Aun aquí, el pensamiento humano, ocupado en tales problemas, se parece al péndulo subiendo y bajando en amplias oscilaciones. Los unos quisieran, á vista del hombre, soltar una carcajada demerocrítica, declarando que el mundo es una casa de locos; otros vierten heraclíticas lágrimas ante la tragedia de la existencia humana. Mientras los unos ensalzan el espíritu del hombre, encariéndole como la flor más bella de la materia, que ha obtenido conocimiento de sí misma, y hasta mientras nuestros modernos filósofos, entre los aplausos de renombrados fisiólogos, exageran el *antropocentrismo* hasta el punto de decir que el universo entero no es otra cosa que un panorama que sale, por irradiación, de mi propio organismo, un ensueño delirante de mi yo, de lo Absoluto; otros desechan desdeñosos al hombre, viendo en él un *animal bípedes*, tan insignificante en todo como cualquiera de las asquerosas sabandijas que se esconden bajo piedras mohosas en lugares húmedos. Mientras los unos señalan entusiastas los más nobles ideales al hombre, llamándole el más generoso retoño de la creación, los otros ven en él la complicación más abominable de todas las bajezas y miserias, juguete impotente de todas las necesidades

brutales, provisto de la razón que lo distingue del animal únicamente para alambicar con el mayor refinamiento esos mismos goces que la naturaleza ofrece á todo otro animal para fines puramente naturales. Mientras los unos hacen un culto idolátrico del hombre mirando á sus facultades intelectuales, los otros juzgan hasta ilícito tener en algún sentido por fin del todo una parte tan mínima del universo como es el hombre, puesto que la condición efectiva del mundo nos enseña que el supuesto señor y fin de la creación no es más que una criatura sujeta á demasiadas flaquezas y oprimida de demasiados males para que se pueda imaginar que sea el fin y la norma de todas las cosas existentes.

Ante todo, son los materialistas los que tienen al hombre en concepto tan bajo; y aplicando á él, por decirlo así, el peso y la medida, dicen que la humanidad es una parte casi imperceptible en el plan del universo.

“La vanidad y el orgullo del hombre, dice HAECKEL¹, se han complacido, desde que despertó en ella la conciencia de su propio valer, en considerar al hombre como verdadero objeto principal y fin supremo de toda vida terrestre, como centro de la naturaleza terrestre, á cuyo servicio y utilidad todas las demás obras de la naturaleza han sido predestinadas desde el principio por una “Providencia sabia.” Cuán injustas son esas arrogantes fantasías antropocéntricas, lo demuestra bien la duración de la era antropozóica ó cuaternaria comparada con la de los períodos que la precedieron.” Entre tanto, ni aun nuestros panteístas, idólatras del hombre, temen cantar la misma tonadilla. Pero ¿qué mucho? Cuando se ensalza al hombre más de lo que se debe, no se puede menos de rebajarle, á la larga, más de lo debido. El hombre que se emancipa de Dios, sobreponiéndose á la verdad, abandona el puesto que le compete, cae víctima de su flaqueza y se sume en un abismo de males; y entonces sí será difícil reconocer en el violador de la verdad al señor y fin supremo del mundo. Además, hoy día, está en el uso de la palabra cierta sabiduría que acoge con aplausos todo lo que es contrario á la verdad. Los discípulos de semejante sabiduría no se avergüenzan de declarar con un mismo aliento, que el hombre está demasiado alto para tolerar nada á su lado, y mucho menos encima de él; y que el hombre está demasiado bajo para podersele considerar como fin del mundo material.

Viendo, pues, cómo de lados opuestos las olas se levantan furiosas, ¿cómo hemos de atravesar el mar embravecido en la navecilla en la cual procuramos salvar la verdad? Tratemos de obtener

¹ *Antropogenia*, 5.^a edic., pág. 389.

una idea clara del modo como la Escuela antigua ha fijado la relación del hombre al mundo visible, esperando hallar con su auxilio el justo medio que, teniéndose á igual distancia de los extremos reñidos, permita al espíritu, ávido de verdad, reposar tranquilo en su seguro seno.

¿Por qué razón puso Dios seres racionales en este mundo visible? A esta pregunta la Escuela antigua¹ contesta de la manera siguiente:

En primer lugar, toda la creación está destinada á ser semejante al Criador, por su perfección. Es así que la inteligencia divina tomó parte en la producción de las cosas. Luego fué conveniente que la serie de las diversas criaturas tocara con un ser que por su inteligencia fuese semejante á la inteligencia divina. Mientras que las criaturas destituidas de razón no son más que vestigios de la divinidad, el hombre, dotado de entendimiento y libertad de albedrío, se presenta como imagen de la Divinidad².

En segundo lugar, no debían faltar en la totalidad de la creación seres que representasen á Dios, no solamente en cuanto poseyesen la naturaleza que Dios les otorgara, sino también en virtud de la índole peculiar de su actividad. El pensamiento y voluntad, empero, comprenden aquel modo de obrar peculiar á la esencia de Dios. Luego si no hubiera en la creación seres dotados de razón é inteligencia, habría faltado algo que era menester para completar el cuadro, echándose de menos precisamente aquellos puntos luminosos que arrojasen el resplandor conveniente sobre toda la pintura y le diese esa unidad que el ideal requiere. Así como toda la creación es emanada de una sola inteligencia, así comprende la inteligencia á la creación misma creada en una unidad. *Mens intelligens fit quodam modo omnia*³.

En tercer lugar, Dios quiso otorgar á sus criaturas actividad propia; por consiguiente, no hubo de faltar aquel modo de obrar

¹ S. THOM., *Summ. contra gent.*, I, II, cap. XLVI.

² Profundamente dice S. BUENAVENTURA que la creación muestra á Dios en cuanto *sombra, vestigio, imagen*. *Umbra dicitur, in quantum representat in quadam elongatione et confusione; vestigium in quadam elongatione, sed distinctione; imago vero in quadam propinquitate et distinctione...* Creaturas dicuntur umbra quantum ad proprietates, quae respiciunt Deum in aliquo genere causae secundum rationem causae determinatam. Vestigium quantum ad proprietatem, quae respiciunt Deum sub ratione triplicis causae, efficientis, formalis et finalis sicut sunt unum, verum et bonum. Imago, quantum ad conditiones, quae respiciunt Deum non tantum in ratione causae, sed et objecti, quae sunt memoria, intelligentia et voluntas... Omnis creatura comparatur ad Deum in ratione causae et in ratione triplicis causae, ideo omnis creatura est umbra et vestigium. Sed quoniam sola rationalis creatura comparatur ad Deum ut objectum, quia sola est capax Dei per cognitionem et amorem: ideo sola est imago. (1. dist. 3. p. 1. q. 2. a. 5.)

³ S. THOM., *Summ. theol.*, I, q. 86. a. 1.

en el cual un ser creado despliega acción propia del modo más perfecto: la actividad espiritual.

En cuarto lugar, la perfección de todo efecto consiste en que se asemeje todo lo más posible á su causa, debiéndose notar que una causa eficiente, en general, puede hacer por dos maneras distintas que el efecto sea semejante á ella. En general, una causa puede hacer alguna cosa semejante á sí misma de dos maneras. Un organismo, v. g., cuando engendra á otro, le comunica una forma natural que posee la misma manera de existencia que él. No así el artífice que produce algún artefacto, pues aunque aquí también corresponde la obra ejecutada á la idea ó designio del artista, la forma de la producción tiene una manera de existir enteramente diferente de su causa ejemplar. Ahora, es fácil entender que toda cosa criada por Dios tiene que parecerse á su causa (ó sea á las ideas divinas) de esta segunda manera. Mas debiendo ser perfecta, en lo posible, la semejanza de la criatura con el Criador, síguese que la criatura debe obrar, cuando esto sea posible, conforme á esta primera manera; en el plan de la creación Dios hubo de expresar no sólo las ideas de su sabiduría, sino su misma naturaleza. Deban, por consiguiente, de recibir también la existencia aquellas criaturas que, dotadas de naturaleza racional, manifiestan por modo de imagen la naturaleza espiritual de Dios.

En quinto lugar, ya se indicó que la divina perfección del Criador no sólo se vió reflejada objetivamente en la naturaleza de las cosas criadas, sino formalmente se refleja además, según que es conocida, en los seres inteligentes. Con esto fué conveniente que hubiese seres que en virtud de su fuerza cognoscitiva espiritual pudiesen llegarse á Dios, conociéndole como á razón y fundamento de todo lo que es. La gloria que Dios se propone en la creación, no hubiese hallado la plenitud correspondiente si no hubiera criaturas dotadas de facultad de conocer y seres que conociesen con actos intelectivos, que poseyesen aptitud para conocer y admirar la obra de Dios. No se dice con esto que las criaturas irracionales sólo alcancen su fin en razón de ser conocidas y aprehendidas del hombre; no, porque todavía responderían suficientemente al fin del Criador aunque el hombre no las conociese; pero debe afirmarse que para la perfección del universo debe haber también criaturas dotadas de espirituales talentos con que conocer á Dios en sus obras. Para que los hombres adornados con dotes excelsas tuviesen ante los ojos su dependencia del Criador, fué conveniente que una parte vastísima de las maravillas del universo quedase oculta, substraéndose al conocimiento discreto y comprensivo de los hombres. Así hubo de cumplirse aquella

sentencia: "El escudriñador de la majestad será oprimido de la gloria. Como á los ojos del intrépido navegante que, apartándose de la playa con la frágil nave en alta mar, se ofrecen siempre nuevas olas que unas á otras se suceden, así se presenta ante las miradas del sabio, por cada problema que resuelve, diez y cien problemas nuevos, y mientras que no llegue á la suspirada orilla en que concluyen todos los problemas, sus fuerzas se sienten oprimidas. Cada paso que se da en la investigación de la naturaleza, debe suscitar en el espíritu humano el concepto de Dios, mostrando á la vez que Dios está infinitamente más alto, y que el hombre es infinitamente dependiente.

En sexto y último lugar, el fin del universo se alcanza con tanta mayor perfección cuanto más estrictamente es referido á su Autor. En todo ser natural se halla una relación según que imitando, aunque débilmente, á Dios, se esfuerza por hacer á otro ser semejante á sí mismo, mediante la propia actividad. Lo cual acaece principalmente con los seres vivientes, en cuanto por medio de la vida ofrecen una como imagen de la divina independencia, pues en esto consiste propiamente la vida, en que el ser viviente no debe enteramente su perfección y sus mutaciones al influjo que procede de fuera, sino débelas á sí mismo, con lo cual eleva al ánimo á la consideración del carácter fundamental del divino ser, en razón del cual toda la perfección que Dios posee, tiénela de sí mismo. Alto grado de semejanza con Dios ostentan las criaturas cognoscitivas en cuanto poseen cierta manera de conciencia, y, aunque por modo imperfecto, pueden gozar de su vida. Pero todos estos respectos son débiles; quedanse á la mitad del camino. Para que un ser se refiera plenamente á Dios, de quien procede, es preciso que se posea á sí mismo mediante la conciencia de sí; es preciso que sea dueño de su propia actividad; es preciso que conozca á Dios como á su Criador y Señor, y que refiera á él sus acciones con libre obediencia y santo amor. Sólo el ser dotado de razón puede estar en tan íntima relación con la divinidad y ofrecerle un tributo tan rico de glorificación. Hállase en medio de dos mundos, como miembro que es y vínculo á la vez de su unión. Por su alma espiritual penetra en el mundo de los espíritus, y por su naturaleza sensible pertenece á este mundo visible; ante el trono del Altísimo acércase como sacerdote de la naturaleza, y en nombre de ella presenta el homenaje de su respeto y sumisión. Sirviendo al hombre el mundo material, alcanza su fin de glorificar enteramente y con perfección á Dios su Criador. No es otro el pensamiento que engalanó el piadoso ANGELO SILEBIO diciendo:

"Todo joh hombre! te muestra cariño; á tí afluyen todas las cosas, corriendo á tu servicio para volver por tus manos á Dios."

Y vése por aquí con cuánta razón debe decirse, que todas las criaturas están ordenadas al hombre como á su fin, y en qué sentido se pueda poner al hombre en el centro de la creación. En la filosofía socrático-aristotélica se rindió siempre homenaje á esta manera de antropocentrismo¹, considerándose que en todas partes lo imperfecto es á causa de lo perfecto, y que el hombre ocupa el grado superior en la escala de las cosas naturales². El referir á los hombres, no ya sola la tierra, sino el universo mundo, ofrecía tanta menor dificultad cuanto que, según el sistema de PROLOMEO, la tierra, palacio del hombre, se halla en el centro del sistema del mundo. Este pensamiento (supuesta la verdad de la doctrina ptolemaica) se debió de ofrecer como base del concepto antropocéntrico, aunque sin tener él mismo razón alguna (672). Y como, dada la limitación del humano entendimiento, los conceptos afines procedían juntos en la conciencia humana, de aquí que habiendo caído después aquellas razones ante el sistema de COPÉRNICO, en muchas cabezas pereció ya el pensamiento antropocéntrico. *Homines sumus et humana patimur omnes.*

El antiguo concepto halló razón más profunda en la luz de la verdad cristiana. Pero cuando se dice que las cosas inferiores son ordenadas para el hombre como á su fin, no se pretende que el fin de ellas consista únicamente en ser conocidas y utilizadas de los hombres—esto debemos procurar que resalte muy especialmente,—sino lo que se quiere decir es, que las cosas están subordinadas al hombre como medios; que todas ellas deben servirle directa ó indirectamente, ora para la conservación y perfección de su vida, ora como signos y documentos que guían nuestros conocimientos por el recto sendero. SANTO TOMÁS explica el *Omnia propter homines* del modo siguiente: "Dios ha puesto en el universo dos maneras de orden: uno principal y otro secundario. Según el primero, todas las criaturas se refieren á Dios; pero en segundo lugar, el orden consiste en que una criatura aproveche á otra en la participación de la semejanza divina. En este sentido se dice que una cosa es á causa de otra, en cuanto le procura algún bien. Lo cual puede acontecer de dos maneras. La cosa de que se dice que es á causa de otra, considerada absolutamente en sí

¹ Véase, entre otros, á ARISTÓTELES, *l. I^a Polit.*, c. 1.

² «*Omnis creatura corporalis in assimilationem creaturæ intellectualis quantum potest... et propter hoc etiam forma humana, scilicet anima rationalis dicitur finis ultimus intentus a natura inferiori.*» (S. THOM., 2, dist. 1, q. 2, a. 3.) Por donde se ve que los pensadores de la Edad Media admitían del todo el concepto de los antiguos. Este ascender desde lo inferior hasta el nivel del hombre creyeron percibirlo particularmente en el desarrollo embrional: «*Ultimus generatio gradus est anima humana, et in hanc tendit materia sicut in ultimam formam.*» (S. THOM., *Summ. c. genit.*, l. 3, c. 22.)

misma puede carecer de importancia, y no representar las divinas perfecciones sino en razón de estar ordenada á aquella á la cual es útil. Esto puede decirse de las partes de una esencia indivisible y de los accidentes respecto del sujeto, los cuales no tienen ser alguno absoluto, pues solo son en otra cosa; y de estas cosas se debe decir que ellas no serían si no existiera aquello para lo cual son útiles. Puede, empero, el ser del que se dice que es á causa de otro, considerado en sí mismo, poseer valor y ser por sí mismo una manifestación de las perfecciones divinas, pero de suerte que juntamente con esto sea útil á otro ser. Tales seres existirían aunque aquello para lo cual son útiles, no existiera. En este sentido se dice que los ángeles y todas las criaturas de Dios han sido hechas á causa del hombre¹. Puede, por tanto, decirse enteramente que los ángeles han sido criados para el hombre al modo como puede decirse que la autoridad se ordena á un miembro determinado de la sociedad², y del universo todo puede decirse que es para el hombre, como de todos los caminos y ferrocarriles de un reino, que son para un ciudadano particular. Expresamente enseña el Santo Doctor que el hombre no sería fin de todas las cosas en el sentido de que todas las cosas en el mundo conciernen exclusivamente al hombre, sino en el de que de todas le resulta alguna utilidad. El hombre debe ser conducido á su destino mediante sus relaciones con el mundo; debe ser defendido contra la soberbia y juntamente elevado hasta Dios³.

No profesamos, pues, ni el antropocentrismo absoluto de los panteístas y subjetivistas, ni la degradación de los materialistas. Dios, no el hombre, es el centro de la creación. El hombre debe saberlo, y por esto le acompaña el sentimiento de su debilidad en todos los caminos de la vida; por esto se prolonga su vida en la múltiple dependencia de las condiciones materiales, y por esto mismo es él más frágil que la hebilla de su calzado. Vive en medio de animales irracionales que, bajo ciertos respetos, le son supe-

¹ Talia essent, etiam si illud, cui provenit ex eis utilitas, non foret; et per hunc modum dicitur quod Angeli et omnes creaturae propter hominem a Deo factae sunt. (In 2, dis. 1, q. 2, a. 3.) Breve y egregiamente dice SAN BUENAVENTURA: «Finitis propter divinam voluntatem est dupliciter; aut ostendendam et sic facta sunt concta, omnia enim expriment divinam voluntatem; aut participandam; et hoc dupliciter: aut quia sunt nata participare, aut quia servant participandam. Primo modo conditae sunt creaturae spirituales, secundo modo corporales; istae tamen aliquo modo participant, sed in eorum participatione status non est; sed ordinatur ad ulteriorem» (2, dist. 1, p. 2, a. 1, q. 2, ad 1.).

² «Sicut si diceretur, regem esse constitutum propter aliquam rusticum, cui provenit utilitas inanis propter leges regis» (Loc. cit., ad 3.).

³ «Homo non est finis omnium creaturarum sicut ultimo intento ab omni creatura, sed sicut illud cui provenit aliqua utilitas ex omni creatura; et hoc contingit propter communicationem ejus cum omni creatura.» (I. c., ad 2.).

riores, lanzado al mundo en el exiguo planeta Tierra, como cosa de ningún valor que se arroja á un rincón. KANT extrema este pensamiento hasta el punto de apropiarse aquella comparación que iguala á los hombres con aquellas criaturas que habitan en los bosques sobre la cabeza de un mendigo, á quienes pareciera su morada un inmenso globo, y á sí mismas se tuvieran por la obra maestra de lo creación. Cree KANT que ese tal insecto puede servir para esta comparación, pues expresa muy bien en su vida, conforme á la propia especie, y en su vileza la vida de la mayor parte de los hombres. Porque en su fantasía, si la naturaleza ha de ser bien proporcionada, debe tener él por cosa inútil al resto de la creación, que no implica una rigurosa tendencia á la especie como á centro de su finalidad¹. Ahora, toda comparación es en parte cosa de gusto. En todo caso, el horripilante simil aprobado por el filósofo de Koenigsberg contiene tanta verdad, que puede ser presentado á los que adoran panteísticamente á dioses, para que aprendan la virtud de la abstinencia con que debieran remediar esa su embriaguez.

Esta es empero como parte de su ser. De otra parte, el hombre se halla muy sobre el mundo material con toda su extensión de espacio y tiempo. Ciertamente el progreso de las ciencias ha reducido á un minimum la apariencia externa del hombre. ¿Qué viene á ser esta Tierra que habitamos en comparación con el Sol? ¿Y qué es el sistema entero planetario en todo el espacio del Universo, cuando se reflexiona que hay estrellas cuya luz tarda miles de años en llegar hasta nosotros? La ciencia misma del hombre se ve reducida por este progreso á proporciones microscópicas, cuando muestra que cada paso que se da en ella, descubre nuevas regiones incommensurables. Pero en el mismo grado á que el progreso de las ciencias abate al hombre, le levanta. Con la misma energía con que induce á los hombres á no olvidarse de su pequeñez ante la sublimidad infinita de Dios, se levanta su mirada á la dignidad espiritual enfrente de la materia².

La acción del hombre sobrepuja considerablemente á la de los seres materiales. El hombre alza los ojos al cielo sembrado de es-

¹ Historia natural del cielo, VI, 206.

² El astrónomo Francisco Arago hace esta excelente observación: «Al dar al hombre el planeta en que hace su morada, ó su lugar tan exiguo en el mundo material, no parece sino que la Astronomía se propone humillarnos á causa de sus mismos adelantos. Pero si mirando la creación desde otro punto de vista se reflexiona en la suma debilidad de los medios materiales mediante los cuales han sido tocados y resueltos tan grandes problemas; si se considera que para aprender y medir la mayor parte de las cantidades que hoy forman la base de los cálculos astronómicos, ha tenido el hombre que perfeccionar mucho el más delicado de sus órganos y aumentar desmedidamente el alcance de su vista; si se advierte que no le era menos necesario descubrir métodos propios para medir intervalos muy largos de tiempo hasta la precisión de un décimo; combatir los efectos más mi-

trellas, y calcula el curso de los astros, y después los baja á la tierra y torna en objeto de su estudio el polvillo de las pintadas alas de la mariposa. «Muchas son las maravillas de que está llena la tierra, pero ninguna tan admirable como el hombre. A la verdad, nos sentimos tentados á repetir aquel antiguo cántico, en que SÓCRATES, con aquella lozania de su reflexión que aún no se había convertido en hábito, consideraba los efectos sorprendentes de la conformación del hombre. Fuerzas muy superiores de otros animales ha vencido el hombre con su destreza: á unos les ha obligado á que le presten obediencia forzosa; las aptitudes de otros las ha elevado convirtiéndolas en propia utilidad, y á muchos los ha educado para que le sirvan con agrado. No ha menester sino de una sola palabra para señalar, mediante la memoria de los beneficios consiguientes á la vida social, el abismo que se extiende entre él y todos los demás seres que pueblan el mundo de los vivientes, (LORZE). En la conveniente estructura del cuerpo humano, en la riqueza de las facultades orgánicas, con las que el hombre se distingue infinitamente de los animales irracionales, échase de ver el sentido de su posición en el mundo. Ya en otro lugar (432) mostramos con las palabras de SAN AGUSTÍN, que en sólo la facultad imaginativa del hombre hay más que admirar que en todo el Universo sensible. ¿Y qué es todo esto comparado con el humano pensamiento? No ya sólo HEGEL, con su respeto excesivo é intrinsecamente falso del pensamiento, sino pensadores muy decididos por la realidad del mundo externo, no han temido afirmar que un solo pensamiento humano vale más que todo el vasto mundo material¹. Y si se reflexiona que el valor del hombre se halla principalmente en la voluntad, se comprenderá que todo el poder intelectual junto de la humana estirpe no iguala en valor á un sólo acto bueno de la voluntad; así como, por el contrario, ninguna desgracia temporal, ninguna desdicha terrena es comparable á la degradación y miseria que encierra un acto de la voluntad moral totalmente malo. Ninguna cosa aprovecha al hombre ganar el mundo entero si por este otro concepto padece detrimento.

En nuestro siglo, la ciencia de los astros, después de haber lanzado la morada de la especie humana del centro del Universo, pa-

croscópicos que producen en los metales y en todos los instrumentos las variaciones atmosféricas, librase de las ilusiones innumerables que siembra en el camino de los rayos luminosos la atmósfera, ora fría, ora caliente, seca ó húmeda, tranquila ó agitada, al través de la cual se hacen por fuerza las observaciones, si se considera todo esto, repito, el ser débil recobrá sus prerrogativas. ¿Qué importa al lado de esas obras maravillosas del humano ingenio la fragilidad de nuestro cuerpo? ¿qué importan las dimensiones del planeta donde habitamos, del grano de arena en que nos ha sido dado padecer durante algunos instantes?» (*Noticias históricas*, tomo II, pág. 278. Biografía de Bailly.)

¹ «Omnis creatura corporalis quantumcumque sit magna quantitate, est tamen inferior homine ratione intellectus.» (S. THOMÁS, 2.º dist. I, q. 2, a. 3, ad 5.)

rece como que ha venido á honrar en otra forma un geocentrismo no menos interesante que el que ha sido de ella excluido. Hase conocido que el Sol, no obstante su situación central, se halla en un estado caótico, y que su influjo se manifiesta principalmente en sus acciones de luz, calor y gravitación sobre los planetas que le rodean. No está, pues, en el sol, sino en el sistema planetario, el punto á que parece ordenado el total conjunto. En dónde se halle este punto, luego lo presumiremos, observando que no son más á propósito que el sol incandescente para tenidos como hospitalaria patria de los organismos vivientes, ni Mercurio, que carece de atmósfera, ni Venus con sus vicisitudes de calor ardiente y de frío glacial, ni Júpiter, que tiene y lanza vapores, ni Urano, con sus perpetuas sombras heladas y el giro inconveniente de su eje, ni Saturno, con sus días cortos y sus largos años, y cuya fuerza de atracción es sobremanera débil, ni ningún otro planeta. Lo que sabemos de las estrellas fijas, no nos permite presentir que allá se encuentre paraje alguno donde puedan vivir los organismos humanos. No es, pues, temerario pensar que todo el proceso del Universo haya acabado por disponer á la Tierra para que sea la morada de la vida orgánica. Fuera de esto, no hay que insistir en este punto; nuestros conocimientos astronómicos son hartó imperfectos para permitirnos formar juicio definitivo acerca de semejante cuestión.

Por lo demás, la cuestión no tiene la importancia que en cierto tiempo se le atribuyó. Porque aun suponiendo que en otros astros ó en planetas de alguna estrella hubiese organismos semejantes al humano, nada procedería de ahí contra la posición del hombre; sólo ocasionaría entonces el cesar la expresión puramente externa de este valor central. Pero ni la experiencia ni la razón conceden apoyo alguno á semejante idea. Puede, á la verdad, causar en los primeros momentos extrañeza, que la inmensa extensión de espacio y tiempo de que nos informa la Astronomía, haya de mirar principalmente á la situación de nuestro pequeño planeta; pero esta extrañeza se explica reflexionando que, dada la conexión de nuestro entendimiento con las representaciones sensibles, fácilmente podemos caer en error dando grande valor á lo que posee grande extensión. SCHILLER reparó en este error cuando, dirigiéndose á los astrónomos, les decía:

«No me habléis tanto de estrellas y nebulosas; por ventura es grande la naturaleza porque la sujetéis á vuestros cálculos? Lo que vosotros contempláis, es ciertamente lo más sublime en el espacio; pero sabed, amigos míos, que no mora en el espacio lo sublime.»

Lo que hace su morada en el espíritu humano, es más sublime, más excelente que todo el cielo estrellado.

«Luego al punto que vuelves tu mirada hacia tí mismo, en tu propio interior hallas el centro: ninguna alma elevada puede dudarlo. No traigas aquí ninguna medida, porque la conciencia siempre viva es el Sol que alumbrará el día de tu vida moral.» (GOETHE.)

Si atendemos á estas razones, podremos tener por acabada nuestra concepción del mundo, aun sin aceptar la existencia de otros moradores en los astros; tendremos entonces, que la Tierra, morada visible de la vida humana, por más que desaparezca como eclipsada, en razón del espacio y del tiempo, debajo de las diferentes estrellas, pero en razón de su conformación interior posee aquella excelencia que consiste en realizarse en ella del modo más perfecto el fin total del Universo. En cierto modo, la Tierra imita en esto á su más noble morador, que es el hombre: como quiera que el hombre individuo, según su aspecto exterior sólo tiene una importancia secundaria, pero en realidad constituye la cabeza en el Universo.

Oímos decir en muchas partes, que es soberbia poner al hombre tan alto. «Muchos se mofan en nuestros días, y tienen por acto de soberbia, que se considere al hombre como á fin de la historia de la Tierra. Pero el valor del hombre no consiste en ser la forma orgánica más desarrollada; pues no se debe desconocer que con esto sólo ha comenzado el tema, que consiste en explicar sus aptitudes espirituales, siendo él, como es, la única criatura que ha recibido disposición para el desarrollo espiritual. ¿No es por ventura más digno del hombre pensar cosas altas de sí y de su destino, que mirar en su propio ser, convertido á las cosas inferiores, la parte substancialmente animal? Desgraciadamente, de esta dirección y tendencia hacia abajo está muy tiznada la nueva doctrina. Más bien quiere ser arrogante que vil; me acuerdo de la sentencia de KANT: «El hombre no puede pensar cosa alguna demasiado grande del hombre; con lo cual quiso un profundo pensador significar que la humanidad debe proponerse altísimos fines. Por el contrario, las nuevas doctrinas se reducen á embellecer en los hombres los apetitos animales.»¹

Convenimos con las ingeniosas reflexiones de tan célebre sabio en cuanto van dirigidas contra el materialismo, aunque no deje de inspirarnos recelo que invoque el nombre de KANT. Si del hombre puede fácilmente pensarse con error no solamente lo que desdice de su nobleza, sino también aquello que la sobrepuja, lo cual acontece cuando se le pone en lugar de Dios como centro del mundo, KANT no está en el centro de la verdad, y por esto se precipita

¹ Estudios, pág. 403.

partiendo muy de lejos y cayendo, ya en un extremo, ya en el opuesto. Ensalzó al hombre demasiado cuando le sustrajo á la dependencia de Dios: soberbia no menor que la degradación materialística; pues es también falsa é injuriosa y concuerda con el materialismo en aquellos corolarios que hoy son celebrados por todos los elementos del desorden con los nombres de *civilización, cultura, liberalismo*, etc. No se halla el hombre en la cumbre de las cosas que pueden ser conocidas, sino es una de ellas, la cual tiene *mucho más sobre que bajo de sí: sobre sí tiene á Dios, y debajo de sí al mundo*; en cuanto está sometido á Dios, y en la sujeción á Dios se tiene sujeto el mundo, debe alcanzar su fin¹. El mundo debe ser con relación al hombre, no fin, sino medio: debe *servir* al hombre.

El mundo ofrece al hombre las condiciones necesarias para la humana existencia; el material, por decirlo así, para sus tendencias, para que por él entienda la posición que le conviene². El hombre mismo en los senos más profundos de su ser, no se busca á sí mismo, sino á Dios³.

¶ 13. A menudo mencionamos el fin, el destino del hombre, y así tocamos al punto cardinal de nuestras reflexiones, al cual debe dirigirse principalmente nuestra atención. La cuestión que concierne al fin, es en todas las cosas decisiva.

STRAUSS trató de resolver la cuestión apelando á la actividad agradable, incesante, innata en cada hombre, y que lleva consigo en todos los momentos su propio fin; fuera de esto no tiene el hombre que esperar otra satisfacción que «la que en todo ser viviente

¹ «Sicut factus est homo propter Deum, i. e., ut ei serviret, ita mundus factus est propter hominem, scilicet ut ei serviret. Positus est ergo homo in medio, ut ei serviret et ipse serviret... voluit Deus sibi ab homine serviri, ut ex servitudine non Deus, sed homo serviens, juretur, et voluit ut mundus serviret homini, et exinde similiter juretur homo.» (PETR. LOMB., l. 2, dist. 1, 8.)

² En este sentido dice PROSPERO: «Coelum, terra, mare, omnisque creatura, quae videri atque intelligi potest, ad hanc praeipue disposita est humani generis utilitatem, ut natura rationalis de tot contemplatione specierum, de sperimento tot honorum, ad cultum et dilectionem sui imbueretur auctoritas, implente omnia spiritu Dei, in quo vivimus, movemur et sumus.» (De vocat. gen., c. 1.)

³ Santo Tomás de Aquino deduce profundamente este pensamiento de la consideración de la naturaleza. «Inclinatio enim naturalis, in his quae secundum naturam sunt, demonstrat inclinationem naturalem in voluntate intellectualis naturae. Unumquodque autem in rebus naturalibus, quod secundum naturam hoc ipsum quod est, alterius est, principalis et magis inclinatur in id, cuius est, quam in seipsum. Et haec inclinatio naturalis demonstratur ex his quae naturaliter aguntur... videmus enim, quod naturaliter pars se exponit ad conservationem totius corporis (et quodlibet singulare naturaliter plus diligit bonum suae speciei, quam bonum suum singulare). Et quia ratio imitatur naturam, huiusmodi imitationem invenimus in virtutibus politicis; est enim virtuosus civis, ut se exponat mortis periculo pro totius republicae conservatione, et si homo esset naturalis pars hominis civitatis, haec inclinatio esset ei naturalis. Quia enim bonum universale est ipse Deus, et sub hoc bono continetur etiam angelus et homo, et omnis creatura, quia omnis creatura naturaliter secundum id quod est, Dei est, sequitur, quod naturali dilectione etiam angelus et homo plus et principaliter diligit Deum, quam seipsum.» (Summ. Theol., I, q. 66, a. 2.)

consiste en desarrollarse y obrar conforme al tipo de su especie en aquella forma individual que ha tomado en él.¹

Cada cual debe darse por contento con aquello que pertenece á su estado y condición, con la superficie exterior de la existencia humana, sin curarse de ulteriores y hondos problemas. La importancia de la vida sería ya completa mediante los bienes de la vegetación, que pertenecen á los hombres.

No es preciso ser cristiano ni creer en Dios, para ver la imbecilidad de semejante sabiduría. "Cuanto es más varia y múltiple, dice LOTZE², la forma en que se despliega el orden externo de la vida, tanto más profundamente se revela la cuestión acerca de la médula que hay debajo de esta corteza, y de los bienes que deben alcanzarse á costa del trabajo de esta vida; la cual es proseguida, no sólo por aquellos á quienes una disposición nada favorable en medio de relaciones intrincadas obliga á pesados trabajos para vivir y á una serie de cuidados prolijos para ir tirando, sino mucho más por aquellos que sin necesidad de grandes esfuerzos para conseguir y conservar su posición social, llegan á gozar de todos los bienes de la vida. Todos los bienes que aquí se logran, luego se disipan, y en vano se aspira en medio del fastidio que viene en pos, á un nuevo objeto, cuyo atractivo sobrevive al momento en que se consigue. No es posible á todo impulso recto conducir á una manera de vida agradable, como observa el citado escritor; y si á esto añadimos que ninguna adversidad viene exenta de alguna falta ó error del que la sufre, poco se dulcificará por aquí la amargura con que vemos recompensadas con el favor de las circunstancias faltas incomparablemente mayores. No; en el plan de este mundo visible no está el destino del hombre. Lo que este mundo presenta, no lo reciben los que lo merecen, y lo que generalmente reciben los hombres, no les satisface.

Dado que hubiera algún corazón entregado enteramente, según las miras de STRAUSS, á cada uno de los goces de la vida, con los cuales se diese por contento, todavía podría preguntarse á sí mismo: ¿Y después? Y todo ¿para qué? ¿Dónde está el hombre que no tenga alguna aspiración, que no sea más que un *tubus digestivus*, que no ponga su destino en algo superior á la vegetación de las plantas y á la multiplicación de los animales; y que no sólo se eleve sobre la individualidad, según el pensamiento de STRAUSS, para considerarse como fragmento del universo visible y disfrutar de la vida de esta tierra mediante los placeres estéticos, sino

¹ *La antigua y la nueva fe* (en alemán), pág. 160.

² *Microcosmos*, II, pág. 114.

además se someta á la esfera suprasensible y espiritual de la Ética?

El pensamiento no es de modo alguno específicamente cristiano; bien podemos decirlo muy alto: sabios francamente y del todo extraños á la corriente de las ideas cristianas expresan este mismo concepto con toda la claridad apetecible. Desde que con SÓCRATES descendió del cielo la Filosofía y estableció su morada entre los hombres, observa LIEBMAN¹, todos los filósofos que piensan profundamente, convienen en considerar á la Ética como á objeto el más importante del pensamiento humano y juntamente como á la cima y á la piedra de toque última de una idea acabada del universo. Así pensaba PLATÓN, en quien la idea del bien está sentada en el trono del reino de las ideas; así los estoicos y los epicúreos, cuyos sistemas filosóficos parece hubiesen de servir principalmente de fundamento y pedestal á su moral; así pensó ESPINOSA, cuya principal obra, *Ethica ordine geometrico demonstrata*, contiene un problema ético considerado en su último principio; así pensaba KANT, cuyo sistema se resuelve en un concepto propiamente dicho de la necesidad moral.

En las regiones de la Ética siéntese el hombre, cuando no descendiende de su alto rango y dignidad de hombre, como en su propia casa, y ante la majestad de la conciencia, con los más enérgicos impulsos de su vida natural, tiende que retroceder. En ella busca el hombre reposo y tranquilidad. Dése á la humanidad todo lo que ella apetece en el reino de lo visible, mantenimiento y bebida y demás fomento de la vida animal, y tenderá la mirada al fin más alto de su existencia y sentirá en sí misma las relaciones que le unen con el mundo suprasensible (harto fácil es aun en medio de los bienes temporales hallar los medios de conservar este noble sentimiento). Precisamente por ser tan enérgico este sentimiento se hace preciso todo ese potente trabajo de SÍSIFO con que la ciencia moderna aspira á falsificar los impulsos del espíritu humano. Todos los esfuerzos de esta "ciencia, tienden á la falsificación de la humana conciencia.

Recordemos ahora, aunque rápidamente, la solución de las cuestiones principales.

El hombre se mueve en triple esfera de vida: vegetativa, sensitiva y racional. La vida racional en el hombre no es como la de un espíritu puro, que lleva en sí mismo los principios de su conocimiento; sino antes requiere naturalmente un mundo perceptible á los sentidos, con cuyo auxilio le es dado obtener aquellos conoci-

¹ *Análisis de la realidad*, pág. 574.

mientos que son necesarios á una existencia conforme con la humana dignidad. La vida racional del hombre es algo incompleto, y presupone en el mismo principio de ella actividad vital sensitiva. Aun la vida entera cognoscitiva del hombre es cosa de tal manera incompleta, que naturalmente estriba en la vida vegetativa del mismo principio vital, como en su base indispensable. Toda la organización física en el hombre tiende y está ordenada al servicio de la vida racional.

El mismo complemento recíproco y ordenación de las tres esferas de vida en el hombre se nos muestran si comenzamos por la vegetación. No es ésta en el hombre, como en las plantas, perfecta y acabada en sí misma, sino antes necesita, para poder existir, del principio mismo de vida de que proceden los actos cognoscitivos. Lejos, pues, de ser cosa en sí concluida, la vida orgánica necesita de la vida racional. Hay en el hombre intereses orgánicos legítimos, á los que el hombre no puede adaptarse sin ejercitar la actividad espiritual de la razón. A la actividad, pues, de nuestro espíritu pertenece absolutamente mirar por la conservación de las condiciones materiales de que depende la vida humana. La vegetación corresponde en el hombre, en lo que toca á la vida de conocimiento, al objeto *materiale circa quod*; en la vida de conocimiento se contiene el *formale*. Y el conjunto de la actividad orgánica completa pertenece, respecto de la vida de la razón, á lo *materiale circa quod*, mientras que en la misma vida intelectual se encuentra lo *formale*.

No obstante esa triple gradación, el hombre es una naturaleza, una substancia; dichos tres puntos no son extraños uno á otro, sino cada uno de ellos necesita de su complemento, y los tres se completan en la unidad; el hombre todo, como ya se ha dicho, es de un solo trazo. Previas estas advertencias volvamos á nuestro tema.

Cuando se pregunta qué debe hacer el hombre sobre la tierra, y á qué blanco encaminar sus tendencias, á esta pregunta pueden darse dos sentidos: porque puede referirse á aquello que el hombre debe proponerse en general de ésta ó aquella manera como objeto de sus solicitudes y trabajo, y puede también referirse al punto de vista supremo, debajo del cual ha de mirar el hombre la obra de su vida; como se dice en las ciencias, puede tener por objeto el *objectum materiale* y el *objectum formale*. Tomando la cuestión en el primer sentido, la solución es muy fácil: como ente natural, contemplándose el hombre en medio del mundo sensible, debe mezclarse en las relaciones de la vida terrestre de la manera como ellas se ofrecen en él en su estado.

Más precisa consideración pide la cuestión cuando se trata de mantener aquello en que el hombre debe tener puestos los ojos en

todos sus trabajos y tendencias, y el concepto bajo el cual debe entrar en las relaciones de la vida. Trátase en este caso de lo que hay más importante, del principio que anima, del alma, de la conducta íntegra del hombre. El Beato ALBERTO MAGNO dejó columbrar el sentido de esta cuestión cuando dijo, "parte formalmente, y parte chanceándose", que todo el punto en la misma consistía *non verbis, sed adverbis*; es decir, que lo que determina el valor del hombre, no es lo que se hace, sino el sentido con que se hace.

Que este supremo concepto regulador no ha de buscarse en la región de los intereses vegetativos y de la satisfacción de los sentidos, no es difícil evidenciarlo mediante alguna reflexión; cierto el hombre tiene y halla en sí un elemento animal y se halla sujeto con vínculos diferentes, así como el animal, á la carne y á la materia. Delirio idealístico sería el de quien quisiera dirigir al hombre prescindiendo de su naturaleza animal. Pero si la parte animal es razón que sea apreciada, razón es asimismo que lo sea en el sentido que conviene con la verdadera realidad. El "animal", en el hombre es la parte subordinada; con él y sobre él muévase el hombre con sus pensamientos, sus deseos, con el anhelo de su corazón, á una esfera elevada sobre todo lo que es materia.

Así como el animal en la esfera de su imperfecta conciencia no busca los intereses vegetativos como tales, sino la satisfacción de su apetito sensitivo, por donde asimismo satisface los intereses vegetativos, así el hombre debe también sobrepujar por su parte á lo animal. Ante todo debe tratar de ajustarse á las racionales aspiraciones de su naturaleza y cuidar asimismo por aquí de los intereses que tocan á la esfera inferior. Lo cual es tan cierto que aun el mismo STRAUSS se permite esta confesión: "En el hombre, dice, la naturaleza no sólo ha querido en general tender á lo alto, sino también hacia fuera sobre sí misma. Debe, por consiguiente, no sólo ser animal sino ser algo más y mejor. Prueba de que debe, es que puede hacerlo. Las tendencias y satisfacciones sensibles en el mundo sensible son cosa del todo desarrollada y concluida; mas el hombre no es tal hombre por causa de ellas, como en general ningún ser es lo que es, por aquello que es dado en los anteriores grados de la vida, sino por aquello que en él es adquirido de nuevo. Así el hombre, con lo que en él hay de más elevado, con las facultades que le distinguen del animal, debe abrirse paso en la parte animal y dominarla. Aun la grosera y cruel lucha por la existencia gozó ya de harta libertad en el reino animal. El hombre no puede librarse de ella actualmente mientras sea ente natural, pero conforme á sus altas disposiciones debe aprender á ennoblecirla y dulcificarla respecto de sus semejantes, especialmente por medio de la conciencia de los vínculos sociales y de los deberes recípro-